



# CARTA PASTORAL

**Nos el Dr. D. Valeriano Menéndez Conde,**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,  
OBISPO DE TUY, ETC., ETC.

**AL CLERO Y FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS**

SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalerunt adversus eam.

Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.

(S. Mateo, cap. XVI, v. 18.)

Venerables hermanos y amados hijos:

**A** todos los Obispos del orbe deben considerarse dirigidas las palabras de S. Pablo á su discípulo Timoteo, cuando le dice que inste *oportuna é inoportunamente* en enseñar á los fieles la sana doctrina, porque siempre y en todas partes subsiste la causa que las motiva: porque siempre y en todas partes la sana doctrina debe ser objeto de nuestra fé, sin la cual es imposible agradar á Dios y conseguir la



salvación eterna. Y siendo este el fin soberano del hombre; la única cosa necesaria, según expresión del divino Maestro, la inoportunidad en inculcar las verdades de la fé y cuanto contribuya á esclarecerla y arraigarla en los espíritus no existe realmente; y si S. Pablo la menciona, es con relación á los juicios de los hombres, guiados por la prudencia y discreción de la carne.

Sin embargo, aún desde este punto de vista nos creemos en el caso de dirigiros nuestra palabra, porque se nos presenta para ello una ocasión, que no podrá menos de ser calificada de oportuna.

Acabamos de regresar de Roma; y dada la significación é importancia de esta ciudad famosísima en la historia de la Religión y de la Iglesia cristiana, no podemos resistir al deseo de comunicaros nuestras impresiones y de hacer os las reflexiones que nos sugieren acerca de Roma, del Papa, de su actual situación y de las consecuencias que pueden sobrevenir.—Tal es el tema que nos proponemos desarrollar en la presente instrucción pastoral, contando con la ayuda de Dios, cuya gracia de corazón pedimos.

## I

La Iglesia es esencialmente *una*, porque es la sociedad de los que creen en Dios, tal como El se revela y la inteligencia humana puede conocerlo, y

conformándose con sus enseñanzas y preceptos, aspiran á realizar el fin para que fuimos criados; y como Dios es uno y siempre el mismo, *una* ha de ser la Religión que á El nos liga, y *una* la sociedad que la profesa. Si bien es cierto que Dios no revela con la misma claridad ni revela las mismas cosas á todos y á cada uno de aquellos con quienes se digna ponerse en comunicación, es evidente que no puede contradecirse, ni puede por consiguiente haber contradicción en lo revelado por El en diferentes tiempos, á diversas personas, y de varios modos.

Estas diversas revelaciones no constituyen *toda* la verdad, porque, siendo la verdad infinita, no es el hombre capaz de abarcarla, ni es por otra parte necesario para los fines de la revelación.

Pero aunque no son *toda* la verdad, son *todas* verdad, y no puede serlo *nada* de cuanto las contradiga.

Y consignemos de paso, aunque sea incidentalmente, la importante consecuencia que de esto se deduce, á saber: la monstruosidad doctrinal del indiferentismo religioso, que pretende ser potestativo del hombre adoptar una religión cualquiera; por ejemplo, la dominante en el país, ó la que aprendió de sus padres, ó la que mejor se acomode á sus propias ideas y particulares gustos.

Una religión cualquiera puede servir para los cálculos de la política, ó para otros fines puramente terrenos; pero no servirá para el fin propio de la Religión, que es el supremo del hombre. Para este solo sirve la verdadera, que no puede ser más que una; y esta es la que el hombre debe adoptar, y á la

sociedad que la profese debe pertenecer, so pena de quedar excluido de la herencia inmortal, propuesta por Dios como premio, salvo el caso de error invencible, al cual pueden inducir sin duda la educación y otras circunstancias.

En la breve noción que de la Iglesia hemos dado, tomándola en su sentido más amplio y general, no cabe ni aún limitación de tiempos.—Es *una* y siempre la misma desde el principio del mundo, porque aunque ya el primer hombre se rebeló momentáneamente contra Dios, y su rebelión depositó en la naturaleza de sus descendientes un germen maldito que produjo abundantes y amarguísimos frutos en todas las generaciones sucesivas, sin embargo nunca dejó de haber en la tierra quienes adorasen á Dios en espíritu y en verdad; quienes creyesen en sus enseñanzas; quienes obedeciesen á sus mandatos, confiasen en sus promesas y aspirasen á conseguir la eterna recompensa mediante la sumisión á su santa voluntad.

Estos constituían la verdadera Iglesia de Dios, y á ella pertecieron Abel, Henoch, Noé, Abrahan, Melquisedec..... y todos los demás justos de aquellos tiempos, siendo de notar que estos antiguos Patriarcas, al mismo tiempo que eran jefes de familia ó de tribu, y algunos verdaderos Reyes, ejercían también las funciones de sacerdotes, hasta que después de la solemne promulgación de la Ley mosaica, constituido y organizado el pueblo de Israel en nación independiente ó autónoma, se instituyó un sacerdocio regular y perenne, que comienza en

Aaron, y permanece hasta Jesucristo, vinculado á una de las doce tribus, cuyos individuos eran especialmente dedicados á este santo objeto por medio de ritos sagrados.

La Iglesia tomó entonces una forma especial de organización externa para el pueblo judío, y se llamó Sinagoga; nombre que suena mal á nuestros oídos cristianos por la execrable conducta que sus principales dignatarios observaron con N. S. Jesucristo; mas no por esto dejaba de ser verdadera Iglesia, constituida según ordenaciones divinas y regida por especial providencia, como demuestran entre otros hechos las frecuentes revelaciones de sus Profetas.—Y si bien la organización externa y los ritos especiales habían sido establecidos para el pueblo de Israel, de ella á nadie se excluía, y á la verdadera Iglesia pertenecían de todos modos, entonces como siempre, todos los verdaderos creyentes y adoradores del verdadero Dios, de cualquier raza ó nación que fuesen.

Si estos fueron muchos ó pocos, es cuestión que afecta profundamente y de manera extraña á la mayor parte de los espíritus y sirve á los incrédulos para formular impíos cargos contra la providencia siempre adorable de Dios.—Es inútil, y aún perjudicial, tratar de inquirirlo con excesiva curiosidad, porque no somos capaces de resolver con acierto.—Baste saber, como clave de todas las dificultades, y principio que no puede fallar, que Dios jamás niega á nadie los medios de realizar el fin que señala y exige, ni jamás impone castigo sino por falta per-

sonal y propia, libremente cometida, porque Dios no puede dejar de ser justo y santo.

Pero bajo el imperio de la Antigua Ley, natural ó escrita, ninguno podía obtener su fin sobrenatural, ninguno podía alcanzar la salvación eterna, sino por los méritos del Redentor futuro, prometido por la divina clemencia en el mismo nefasto día en que el hombre se hizo reo, porque solo el Redentor divino podía ofrecer á la justicia eterna la satisfacción requerida por el agravio inferido á la majestad del Excelso. Ni aún la fe en el Redentor futuro producía inmediatamente su efecto salvador, puesto que las almas de los justos, si bien preservadas de los eternos suplicios, permanecían en expectación del premio hasta que fuese consumado el gran sacrificio reparador.

Mas el divino Redentor no limitó su misión á esto; sino que como Verbo encarnado de la infinita sabiduría, sin contradecir en nada á la revelación antigua, antes confirmándola y apoyándose en ella la completó con nuevas y más sublimes instrucciones; la hizo más creíble con la santidad de su vida y las incomparables obras de su soberano poder; le dió mayor eficacia con los medios prácticos de santificación, y la confió á sus Apóstoles, no solo para que la custodiasen íntegra y pura, sino también para que la propagasen por todo el mundo en conformidad con los santos designios que San Pablo expresa cuando dice que Dios *quiere que todos los hombres se salven, viniendo al conocimiento de la verdad.*

II

Aquí comienza la Iglesia cristiana, á la que comunmente nos referimos cuando de la Iglesia hablamos; sublime creación de la omnipotencia y bondad divinas, simbolizada en la misteriosa piedrecita del sueño de Nabucodonosor, la cual desprendida de las alturas del monte y rodando hasta las profundidades del valle, después de haber derribado el coloso que representaba los grandes imperios del mundo, se agrandó súbita y prodigiosamente hasta ocupar toda la superficie de la tierra.

¡La Iglesia! ¡Cuántas bellas cosas se podrían decir de la Iglesia! El arca salvadora que sirve de refugio á los que Dios quiere preservar de la catástrofe del diluvio..... La casa del Dios de Jacob, colocada sobre la cumbre de una montaña, que sobresale por encima de todos los collados vecinos, atrayéndose las miradas de todos los pueblos, los cuales se invitan recíprocamente á concurrir á ella para que el Señor que la habita les enseñe sus caminos....

La misma ciudad maravillosa de las visiones apocalípticas con sus doce puertas, tres por cada lado, abiertas á todos los vientos..... Pero nos place sobre todo recordar su cualidad, bíblica también, de esposa del Rey celestial, cuyos místicos desposorios canta el Espíritu Santo en el inimitable poema del Cantar de los Cantares; porque en efecto la Iglesia es la esposa amada de Jesús como carne de su carne y hueso de sus huesos, ya que, á semejan-

za de la dulce compañera del Adán terreno, la Iglesia fué formada de la sangre y agua que brotó del costado herido del Adán celestial momentos después de morir. Esposa virgen, inmaculada y pura de Jesús, como la madre de Jesús fué esposa virgen, inmaculada y pura del Espíritu Santo, pero también madre fecunda de innumerables hijos, á quienes enjendra y nutre para la verdadera vida, para la gloria de la eternidad: tarea gloriosa y nobilísima, pero también dolorosa y trabajosísima, de la cual jamás descansa, porque su juventud es eterna, y su fecundidad constante, y su amor indeficiente.—¡Madre bendita, amante y cariñosa cual ninguna! ¿Cómo, siendo tú tan amable, hay tantos que te desprecian ú odian?

Esta madre no es más que *una*, como una sola es la esposa legítima. El que no sea hijo de ella tampoco es hijo de Jesús, ni tiene por consiguiente derecho á su herencia.—¡Cuán terrible consecuencia para las sectas disidentes, por más que se llamen cristianas!

La unidad que hemos predicado como propiedad esencial de la verdadera Iglesia, no puede dejar de predicarse de la Iglesia cristiana. S. Pablo la proclama con aquella enérgica concisión que le caracteriza, sobre todo cuando inculca doctrinas de la mayor importancia, y quiere grabarlas en el corazón de los fieles con tanta fuerza como están grabadas en el suyo propio. *Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo*, dice: y como quien da la razón suprema de lo que dice, añade: *Uno es el Dios y Padre de todos, que es sobre todos y gobierna todas las cosas.*



En esta razón fundamental de la unidad de la Iglesia está igualmente el fundamento de su universalidad; y por esto la verdadera Iglesia cristiana se llama y es también *católica*, es decir universal. Esta universalidad no ha de entenderse de hecho; es decir, en el sentido de que todos los pueblos de la tierra, y mucho menos todos los hombres, pertenezcan efectivamente á la sociedad de los creyentes. Esto es lo que anhela y procura con ardentísimo celo la amantísima madre, á quien llena de dolor el extravío y la consiguiente perdición de las almas, pero no es posible, dada la condición del hombre, realizar en absoluto tan bello ideal, y el concepto de universal no depende del mayor ó menor número de los fieles. Son estos muchos, á Dios gracias, y siempre será una prueba magnífica de la divinidad de la Iglesia la rapidez asombrosa con que se extendió por todo el mundo á despecho de las más violentas contradicciones. A la universalidad se acerca también en sus efectos cuanto es posible, pero no es este, repetimos, el sentido en que le atribuimos esta propiedad. Es universal, por que siendo obra de Dios para la salvación del género humano, y siendo Dios el Padre de todos los hombres y para todos el mismo; siendo voluntad de Dios que todos se salven, salva la libertad del hombre en virtud de la cual puede éste condenarse; habiendo Jesucristo muerto por todos, y siendo su sacrificio efficacísimo de suyo para salvar á todos, resulta que su Religión es para todos, sus dogmas son verdad y por consiguiente objeto y norma de fe

para todos, sus leyes tienen autoridad para todos, y sus sacramentos virtud para santificar á todos. A todos es necesaria esta Religión, y todos tienen obligación de profesarla desde el momento en que les es suficientemente conocida; y por esto la Iglesia, que en cuanto docente, tiene la misión de enseñarla, á todos se dirige, á todos llama, á todos recibe, cumpliendo el precepto del divino Maestro: *Id, y enseñad á todas las naciones; predicad el Evangelio á toda criatura.*

### III

Mas á estas condiciones esenciales de unidad y universalidad no se oponen en manera alguna las denominaciones de Iglesias particulares como la Iglesia de Oriente ó la de Occidente; la de Alejandría ó la de Cartago; la Española, la Francesa ó la Americana; porque con tales nombres no queremos ni podemos designar más que la Iglesia Católica en tal ciudad ó región, cuando más con alguna variedad en el rito y la disciplina, en lo cual se acomoda sabiamente á las circunstancias de tiempos, lugares y personas, permaneciendo en todas partes la misma, con el mismo Símbolo y la misma Moral y los mismos Sacramentos. En todas partes se adora al mismo Dios y se practica el mismo culto en honor suyo, aunque tal vez de distinto modo.

Sin embargo, estas Iglesias particulares, salvo siempre el vínculo de unión y el principio único generador de su existencia, pueden y suelen tener cierta manera de desenvolvimiento especial, procedente de varias causas, y de aquí su peculiar historia, más ó menos brillante, según hayan sido sus fundadores ó rectores, ó según el esplendor que hayan alcanzado y los frutos que hayan producido.

Así es frecuente encontrar en los apologistas católicos el recuerdo del estado floreciente de la Iglesia de Africa en tiempos de S. Cipriano y de San Agustin comparándolo con lo que fué y sigue siendo aquella misma región desde que por su desdicha cayó bajo el imperio barbaro del islamismo.

Así los españoles nos gloriamos con razón y justicia de que nuestra Iglesia, fundada por uno de los discípulos predilectos del Salvador, haya sido siempre fecundísimo plantel de Santos y de sabios de esclarecido renombre. . . . .

Pero entre todas las Iglesias regionales ninguna llegó jamás á alcanzar la celebridad insigne de la *Iglesia Romana*, cuyo nombre figura en la profesión de fe como el de la Iglesia universal, y por tanto la única verdadera.

¿Porqué?

No tuvo Roma la fortuna de que santificasen su suelo las divinas plantas del Salvador en carne mortal. No presenció por tanto los asombrosos prodigios realizados por la omnipotente diestra de Jesús en confirmación de su doctrina y de su excelsa misión. No fué tampoco Roma la que recibió las

primicias de la predicación apostólica. No es por consiguiente la Iglesia de Roma la más antigua: otras muchas llevan en esto la primacía sobre ella, y la de Jerusalén parece llevársela en todo.

Siendo la Iglesia la esposa amadísima de Jesús Redentor, adquirida por este con el precio de su sangre, era natural que apareciese allí mismo donde la sangre fué vertida; al pie del altar del sacrificio ó al lado del sepulcro de donde se levantó vivo y triunfante.

Y allí en efecto surgió la Iglesia, más pura y hermosa que la primera madre del género humano al lado de Adán dormido. Y aunque por algún tiempo se mantuvo oculta en el Cenáculo, como la flor encerrada en el capullo, por el natural temor á la atmósfera de odio que envolvía la ciudad deicida, cuando el Espíritu de Dios sopló sobre ella y con su caridad y fortaleza, robusteció su vida, se manifestó al exterior con los potentes bríos que se echan de ver en la predicación de S. Pedro el día de Pentecostés.

Los Apóstoles emprendieron desde aquel memorable día la árdua tarea de la evangelización del mundo; pero comenzando, como era natural, por los de su lengua y su raza, por Jerusalén y Samaría, corriéndose luego á las regiones vecinas, en que habitaban muchos de sus compatriotas; y en Siria, en el Asia menor, en Grecia, y en muchas otras partes existieron comunidades de Cristianos regularmente organizadas antes que ninguno de ellos llegase á Roma.

¿Porqué, pues, volvemos á preguntar, la Iglesia de Roma prevaleció sobre todas las demás?

La causa remota se encuentra en la hermosa frase de Virgilio, cuando hace decir á uno de los interlocutores de sus Eglogas que Roma sobresale entre todas las demás ciudades como el elevado ciprés entre débiles arbustos. Roma era la capital del imperio que extendía sus brazos de hierro hasta los postreros confines del mundo conocido, y como tal asiento de un poder colosal que todo lo avasallaba. Mas no era tal, sino por especiales designios de la providencia divina, aunque otra cosa parezca á los que no ven en la historia más que una serie ó conjunto de hechos fatales.

Dios suele servirse de los hombres, y aún de sus vicios y pasiones, para realizar los más elevados fines, porque como hace observar S. Agustín, prefiere sacar bien del mismo mal á no permitir que el mal exista. Así, cuando se realizaba el inhumano tema de la tenacidad romana *Delenda est Carthago*, probablemente se destruía una formidable barrera para la propagación del Cristianismo, porque es bien sabido cuanto suele influir en casos semejantes, el odio entre naciones rivales.

Así, cuando las legiones de la República ó del Imperio paseaban sus victoriosas insignias por las nuevas provincias conquistadas, trazaban el camino y preparaban el terreno para las pacíficas conquistas de la Religión del Crucificado.

Así, cuando el famoso Triunfo Antonio, preso en los artificiosos lazos de la no menos famosa Rei-

na de Egipto, se adormecía en brazos de un placer indigno de su gloria militar, y su colega Octavio se aprovechaba de su debilidad para vencerle y anularle, á fin de quedar él solo dueño del poder, se preparaba el imperio universal de Roma sobre todo el mundo por medio del gran poder central del Pontificado Católico, imperio más sólido, más vasto y mil veces más glorioso que el que llegó á ejercer entonces por medio de los Césares.

Porque, digámoslo ya sin embages ni rodeos; el secreto de la primacía de Roma sobre todas las demás Iglesias, y la causa próxima de su dominación universal por medio de la Religión, fué el haber trasladado á ella su Cátedra doctrinal el Príncipe de los Apóstoles, Simón hijo de Juan, á quien Jesús llamó Pedro, como piedra fundamental de la Iglesia, y á quien invistió de potestad especial, suprema, para enseñar regir y gobernar á todos los creyentes, que habían de constituir un solo rebaño al cuidado de un solo Pastor.

Dios no necesita valerse de medios humanos para la realización de sus grandes obras, pero no los desdeña, antes los hace entrar en sabia combinación con los divinos, sin duda para enseñarnos á obrar en conformidad con las reglas de la prudencia humana, sin prescindir empero de la confianza en la virtud divina.—Así dispone que el grano de mostaza sea sembrado en medio de espesísimos matorrales, para que se vea su poderosa virtud germinativa. Así quiere que el humilde pescador de Galilea, á quien constituyera su primer vicegerente en el mundo,

plante su humildísimo trono al lado del de los soberbios y potentísimos Emperadores para que más resalte el carácter sobre natural de la gran victoria alcanzada después de tenaz é incomprensible lucha por la debilidad sobre la fuerza; pero al mismo tiempo prepara las cosas para que esa gran fuerza material del imperio sirva de vehículo para la más fácil y rápida propagación del Cristianismo hasta los más apartados confines del orbe; porque, como oportunamente observa S. León, ninguna nación del mundo podía ignorar entonces lo que Romá hubiese aprendido.

Por eso Pedro, el humilde pescador, deja su sede de Antioquía, y se encamina á Roma, no solo para evangelizar á los romanos, sino tambien para dirigir desde allí la evangelización de todo el mundo, como los sucesores de Augusto dirigían la administración del imperio.

Por eso, cuando se aleja de Roma por evitar lá muerte que le amenaza, y tropieza con el divino Maestro que marcha en dirección opuesta y le dice que va á ser crucificado otra vez en lugar suyo, comprende al instante la lección, y á Roma vuelve sin vacilar para sufrir el martirio de la crucifixión, para dejar á Roma su herencia; herencia pingüe cual no pudiera pensarse; no ya solo la de sus preciosos restos, sino principalmente la de su augusta Cátedra, oráculo del mundo; la de su autoridad y prerrogativas, legadas á su sucesor; y por éste al otro, y así sucesivamente, como se ha venido realizando hasta nuestros días; de suerte que el gran

Pontífice, que hoy ocupa su puesto, goza de los mismos privilegios, desempeña la misma misión, que el Salvador confirió al primero de sus discípulos.

#### IV

Los Cismáticos de Oriente, y los protestantes de Occidente, y en general todos los cristianos que se llaman disidentes, no convienen con nosotros en esta doctrina, no admiten la primacía del Obispo de Roma, como sucesor de S. Pedro, sobre todos los demás Obispos y fieles de la Cristiandad.

¡Es natural! Porque admitiéndola, toda disidencia en cuanto á lo substancial de la Religión es imposible; y si se da, resulta necesariamente rebelión injustificable.

Por eso aunque la causa de la disidencia sea otra, luego vienen á parar en esto, en negar la autoridad suprema y el magisterio infalible del Jefe de la Iglesia, cuyas prerrogativas combaten más bien que con la fuerza del raciocinio con los esfuerzos del odio.

¡Esfuerzos vanos!..... Es decir, vanos precisamente, no, por desgracia, porque con ellos han conseguido arrancar de los brazos maternales de la verdadera Iglesia incalculable número de almas, y con ellos consiguen mantener en el error á muchos que, si no fuera por las preocupaciones de educación y de escuela, volverían al seno de la unidad. Pero deci-



mos vanos, en cuanto no es posible que prevalezcan contra la sana doctrina.

Sería ocioso repetir las brillantísimas demostraciones de los doctores católicos en su defensa, y solo para prevenir á los creyentes contra el espíritu de insubordinación é independencia que el Protestantismo ha logrado difundir aún en los países católicos, y contra las audaces tentativas de la malhadada secta en nuestra región, haremos notar brevemente sus principales fundamentos.

Para los que se dicen creyentes y adoradores de N. S. Jesucristo, y admiten como norma de fe la Sagrada Escritura, especialmente los Santos Evangelios, algo deben significar las palabras que el Salvador dirige especialmente á San Pedro.—Sin duda, si, algo significa el hecho de que á San Pedro *solo* dirija las palabras que dirigió también á los demás Apóstoles, pero no á cada uno en particular, sino á todos en conjunto, cuando les confirió la sublime potestad de atar y desatar, es decir de perdonar ó retener los pecados.—¿Y qué puede significar, sino que los demás Apóstoles, á quienes se confiere en conjunto, debían ejercerla con subordinación á aquel á quien se confiere especialmente?

Algo significa también el hecho de haberle interpelado, el Salvador á San Pedro, con tanta insistencia acerca del amor que le profesaba—como si Jesús no conociera los sentimientos que abrigaba el corazón de su discípulo—para confiarle después de su contestación el cuidado de apacentar á *los corderos y á las ovejas*; es decir, á grandes y á pequeños,

á padres y á hijos, á *todo* el rebaño como Pastor *único*; pero único no en el número, puesto que en la Iglesia son indispensables muchos, y de hecho ya lo eran los demás Apóstoles, sino único en su clase, en la potestad suprema.

Algo también, y algo más importante todavía significa el hecho de prevenirle á él especialmente —á Pedro— contra las tentativas de satanáas, que pretende zarandearles como á trigo en la criba; *más ya, añade, he rogado por tí para que no falte tu fe; y tu, después de tu conversión, confirma á tus hermanos en ella.*—¿Qué podríamos juzgar de la eficacia de la oración de Jesús, si *faltase la fe* de Pedro ó de quien su lugar haya según el tiempo?

Algo, en fin, significan las palabras que hemos adoptado por tema: *Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.*

Aquí no cabe torcida interpretación ni hay tergiversación posible. Esto no deja lugar al fantasma de honor á que algunos quieren reducir las prerrogativas de la Santa Sede. Ese honor es muy discutible en si mismo, porque separado de la jurisdicción no es fácil determinar en que consiste. Es además injurioso para N. S. Jesucristo suponer que con todo el aparato de los discursos que hemos citado solo quiso dar á su Vicario lo que solo sirve para fomentar la vanidad. Pero ésto aparte, tal suposición es incompatible con el sentido ovio del texto. El fundamento es algo como esencial al edificio, porque edificio sin fundamento puede existir en la imagina-

ción, pero en la realidad no. Pedro es fundamento de la Iglesia, según la mente del Salvador, y por consiguiente la Iglesia no existe sin Pedro! Y como la Iglesia no fué fundada para los días de S. Pedro solamente, sino que ha de perseverar hasta el fin de los tiempos, se necesita que Pedro tenga sucesor con las mismas prerrogativas, y lo tiene efectivamente en el Romano Pontífice; he aquí todo.

En realidad este es el argumento que siempre podríamos hacer valer contra nuestros adversarios, aunque en el Evangelio no existiese ninguno de los textos que hemos aducido, ó aunque no significasen lo que significan. La Religión y la Iglesia necesitan indispensablemente de una autoridad suprema, sin más límites que la de Dios para su régimen y gobierno, y de un magisterio irrecusable, infalible que dirima todas las controversias doctrinales y mantenga la pureza é integridad en la fe y la seguridad en las conciencias. De otro modo no sería posible sostener la unidad, que es esencial á la Iglesia, ni atajar las heregias que de continuo pululan en el espíritu inquieto de muchos hombres, como la experiencia está demostrando. Si existe, si ha de existir una Religión y una Iglesia para la santificación y salvación eterna de los hombres mediante la profesión de la verdad según Dios se ha dignado enseñarla, y la práctica del bien según su voluntad soberana lo determina, Dios no ha podido dejar estas instituciones indefensas, á merced de las pasiones humanas, que en nada son tan terribles como en materias de religión y moral.

Y no vale decir que esa autoridad y ese magisterio existen en efecto, pero no en una persona, sino en la Iglesia misma tomada colectivamente; porque esta colectividad está dispersa por todo el mundo, y además de las dificultades inherentes á esta dispersión, á las potestades adversas les sería facilísimo impedir el funcionamiento regular de un organismo tan vasto; y antes que se pudiera poner el oportuno remedio las necesidades más graves y perentorias resultarían irremediables; y la sociedad más excelente que debe estar mejor ordenada, como efectivamente lo está la Iglesia Católica, estaría en constante confusión y desorden.

Los mismos protestantes—y los cismáticos también—han demostrado sentir la necesidad que venimos defendiendo, y han puesto en práctica la doctrina por ellos combatida por una inconsecuencia monstruosa que le cubre de oprobio; pues la autoridad que negaron al Romano Pontífice la reconocieron en un Príncipe secular ó en un Parlamento, del cual no tuvieron empacho ni vergüenza de recibir los artículos de su *Credo*. Y débese observar que esta nueva autoridad religiosa tuvo que ser reputada infalible, aún sabiendo de cierto que no lo es; porque si no la reputaran infalible, ¿qué seguridad podría ofrecerles la fe que ella les dictaba?—Y como los Príncipes seculares suelen tener diferente criterio según las diferentes condiciones políticas de sus respectivos Estados, resultan infalibilidades contradictorias; y así los partidarios del *Cristianismo puro* se encontraron muy pronto con varios Cristianismos,

todos—por su puesto—tan puros como los primeros reformadores.

Así vinieron á parar en la máxima despótica *cus regis regio, illius religio*, que además de oponerse á las verdaderas propiedades de la verdadera Religión, *una y universal*, procede de un falso supuesto, pues las regiones, los pueblos, los territorios, no son propiedad de los soberanos que en ellos reinan, sino que Dios se los encomienda para que los gobiernen con arreglo á justicia y á la pública conveniencia.—Así los errores religiosos llevan siempre consigo errores políticos y sociales.

Así cundió entre ellos, y cunde siempre entre todos los disidentes de Roma, la indiferencia, el escepticismo, la incredulidad; porque roto el vínculo de unidad y negada la autoridad doctrinal del Pastor Supremo, cada cual cree lo que se le antoja, no son capaces de ponerse de acuerdo ni aún acerca de lo más fundamental, y acaban por no creer en nada.—Apenas tienen más principio de cohesión entre si que la negación de lo que creemos los católicos y el odio á los católicos mismos.—¡A cuantas aberraciones conduce el orgullo!

## V

Parece, amadísimos hermanos, que nos hemos separado de nuestro objeto, mas no es así. Nos hemos distraído demasiado tal vez con los disidentes de

nuestra fe, que nos han salido al paso, pero al demostrar la necesidad y la verdad de las prerrogativas que Jesucristo se dignó conceder á su primer Vicario en la tierra, además de inculcaros un dogma importantísimo, hemos explicado la verdadera causa de la supremacía de la Iglesia romana. La Iglesia de Roma prevaleció sobre todas las demás Iglesias particulares, porque en Roma fijó su Sede el Príncipe de los Apóstoles, á quien Jesucristo constituyó Pastor y Maestro universal, Jefe de toda la Iglesia; y habiendo heredado esta preeminencia sus sucesores en la mencionada Sede, la Iglesia de Roma resultó necesariamente la Madre y Maestra de todas las demás Iglesias, y no es, no puede ser Iglesia; verdadera la que no profese la misma fe que la de Roma.

Por esto cuando hacemos protesta de creer todo cuanto cree y enseña la Santa Iglesia Católica y Apostólica, añadimos la palabra *Romana*, porque no hay más Iglesia Católica que la Romana. Por esto debe reputarse necedad ridícula la pretensión de aquellos que quieren llamarse católicos y apostólicos, pero *españoles*, y no romanos.—¿Como si la condición de españoles fuera impedimento para que nos llamemos y seamos católicos romanos, ni la condición de católicos romanos nos quitara de ser españoles!—¿Acaso no lo fueron, y mejores que nosotros, nuestros antepasados, que eran más adictos á la fe romana y á la Santa Sede?—La cualidad de Romanos no se refiere á la patria, sino á la Religión, que no tiene Patria, y si se quiere que la ten-

ga, es todo el mundo. Roma es la Patria de todos los creyentes, como con afortunada frase cantaban los Andaluces en la peregrinación del pasado Octubre. En ella ninguno de los creyentes es extranjero, ni ella es extraña á ninguno—por lo menos, no debe serlo—porque es la residencia oficial del Jefe supremo de la Iglesia, y por consiguiente la capital del mundo católico.

## VI

Nunca desmintió Roma esta condición nobilísima, porque sus Pontífices siempre respondieron á la gran misión que el cielo les confiara.

Los primeros tuvieron que luchar con el formidable poder del Imperio en los días de su mayor pujanza; y como no disponían de elementos materiales para la lucha, ni los hubieran empleado aunque los tuviesen, es claro que materialmente habían de sucumbir, y sucumbieron. S. Pedro y todos sus sucesores hasta los tiempos de Constantino, por espacio de más de tres siglos, murieron mártires.

Pero como, al decir de Tertuliano, la sangre de los cristianos era como semilla que los multiplicaba, con mayor razón la de los Pontífices mártires era extraordinariamente fecunda, porque el ejemplo es tanto más eficaz cuanto de más alto viene. Roma tuvo en consecuencia incalculable número de már-

tires, incomparablemente mayor que ninguna otra ciudad del mundo.

Así fué que los paganos se asombraron de tanto heroísmo; se cansaron de perseguir y matar, y acabaron por rendirse á la fe los mismos perseguidores.

Con la conversión de Constantino dejó Roma de ser capital del Imperio, porque el César cristiano comprendió que allí no cabía más que la majestad humilde, pero augusta, y superior á todas las terrenas, del Vicario de Jesucristo, y se retiró á Bizancio.

Pero entonces precisamente comenzó Roma á cumplir el glorioso destino que le hemos asignado en el orden providencial.

Roma siguió dando leyes al mundo; pero sin apoyarlas en la fuerza bruta, sino solo en la autoridad de sus Pontífices, voluntariamente reconocida y acatada.

Roma siguió mandando sus ejércitos en todas direcciones, á todas partes, pero no para establecer una dominación tiránica y opresora, sino para redimir á las almas del imperio del error; y someterlas al yugo suave de la ley de Jesucristo.

Roma civilizó á los bárbaros, á quienes llegó un día en que no pudieron detener en su marcha devastadora las legiones imperiales, y salvó á la raza vencida fundiéndola con la vencedora mediante la fraternidad cristiana.

Roma ordenó los elementos dispersos en medio de la confusión sobrevenida, y presidió á la formación de los nuevos Estados que cual otra creación



brotaron maravillosamente del fondo de aquel inmenso caos, y llegaron á ser las Naciones más cultas, más florecientes y poderosas del mundo.

Roma luchó incesantemente contra el despotismo de los Reyes y contra las insanas pasiones de las muchedumbres revoltosas; contra la barbarie y contra la corrupción de costumbres, contra el error y contra el mal en todas sus manifestaciones; y si no logró extirpar completamente los grandes vicios sociales, se puede sin embargo asegurar que hizo cuanto es posible, y que nadie ha hecho tanto como ella.

Cierto es, y no debe olvidarse, que el buen resultado se debe en principio á la virtud redentora y vivificante de la doctrina evangélica y á la gracia del Redentor, que, al confiar á sus Apóstoles la misión de predicarla en todo el mundo, les prometió su asistencia, no solo para cumplir fielmente esta misión, sino también para hacerla fructuosa.—Pero Roma fué siempre la impulsora y reguladora del movimiento, y por esto esa ciudad bendita debe ser mirada con respeto y con cariño por todo el que de cristiano se precie, y á ella debemos volver los ojos todos cuantos sentimos necesidad—¿y quién no la siente?—de luz y fuerza para marchar rectamente por las sendas de la vida hacia la verdadera patria, y con mayor razón los que estamos obligados á enseñarlas á los demás, y á sostenerlos en ellas hasta que llegan á dichoso término.—Por esto á los Pastores subalternos se nos ha impuesto el deber de visitarla periódicamente, á no ser que justas causas nos lo impidan, como frecuentemente sucede.—Por

análogas razones á Roma solamente se reserva la gracia del jubileo plenísimo del año santo, por mas que la benignidad de los Pontífices la suele extender después á toda la cristiandad.

## VII

Aún hoy, á pesar de las tremendas vicisitudes por las cuales ha pasado; á pesar de los rudos golpes que contra ella han dirigido la impiedad y la herejía, Roma se muestra á los ojos del peregrino cristiano digna de su fama y de sus destinos. A pesar de que los actuales medios de locomoción quitan mucho de su poético encanto á las primeras impresiones llevando al viajero aturdido con la vertiginosa rapidez de la marcha y el ruido de la maquinaria, é introduciéndole como por sorpresa entre la confusión de las estaciones de término, una santa emoción embarga el alma al acercarse á las vetustas murallas; y la emoción aumenta hasta convertirse en una especie de estupor cuando uno se encuentra en presencia de aquellos incomparables monumentos.

Inútil es decir que lo primero que atrae las miradas del que por primera vez llega á Roma es el Vaticano, y en el Vaticano la iglesia de S. Pedro. A ella, pues, nos dirigimos con paso acelerado, y acelerandose los latidos del corazón á medida que nos acercamos.

La inmensa plaza por donde tiene acceso con sus galerías laterales, su obelisco en el centro y sus dos grandes fuentes, en cuyas aguas al descender, se pueden admirar los colores del iris siempre que el sol está sobre el horizonte, sin más que buscar el punto de vista conveniente, nos detendrá siquiera por algunos momentos, pues no es posible atravesarla con indiferencia.

Tampoco penetra nadie en la gran Basílica sin detenerse en el soberbio pórtico, á cuya vista se nos ocurría que, cerrándola por uno de sus lados y colocando allí el correspondiente altar, constituiría por sí solo una magnífica iglesia. Y dicen los inteligentes, acostumbrados á calcular proporciones, ¡que es pequeño!

Una vez dentro de la Basílica, y suponiendo que hemos entrado por la *puerta santa*, abierta solamente los años de jubileo, cuesta trabajo sustraerse á los estímulos de la curiosidad que de todos lados es solicitada por objetos mil antes de llegar á la capilla del Santísimo Sacramento para saludar al *dueño de la casa* y pedirle permiso para recorrerla.

Cumplido este deber, que pudiéramos llamar de cortesía, pero que más propiamente llamaremos de piedad, ya podemos disfrutar de la libertad compatible con el respeto al lugar santo para examinar aquel portentoso del arte. Recorriendo las anchurosas naves, los ojos no se sacian de contemplar belleza tanta, ni se cansa el entendimiento de admirar tanta magnificencia. Pero al llegar al altar de la *Confesión*, aislado en el centro de la nave principal—

después de haber orado también ante los restos del Príncipe de los Apóstoles; al levantar los ojos hacia la inmensa cúpula; no se puede disimular una impresión de profundo y muy justificado asombro. Aquello no parece obra de los hombres. Parécenos todavía ver ó soñar al Genio del Arte cristiano representado por un espíritu superior señalando el momento decisivo de la victoria sobre el paganismo, arrancar de su sitio la enorme masa del famosísimo Panteón y colocar como una especie de corona sobre la tumba de S. Pedro. ¡Bendito sea Dios, que se complace en ser glorificado en sus Santos á quienes El mismo levanta del polvo para encumbrarlos hasta lo increíble!

Mientras hacíamos estas reflexiones, no dejaba de ocurrirnos también lo que decía Salomón en el día de la dedicación de su famoso templo: *¿Es posible que la majestad de Dios se digne habitar en esta casa que yo he fabricado?*

Cierto, que la admiración del gran Rey es muy justa, porque la majestad de Dios es infinita y llena los espacios; pero teniendo á la vista el templo de S. Pedro en Roma, también es preciso confesar que los hombres han hecho lo que han podido en obsequio de Dios, y que los Romanos Pontífices, sus primeros representantes en el mundo han correspondido fielmente al honor que Dios les dispensó, consagrándole lo mejor que puede consagrarle el genio del hombre en este género.

VIII

Con estas impresiones hemos salido del Vaticano, y creemos que las apreciaciones en ellas fundadas son rigurosamente justas, no tomándolas en sentido metafísico, pues el límite de lo mejor á que puede alcanzar el hombre no es posible determinarlo.

Estas impresiones ni se han desvanecido después, ni hemos experimentado otras en contrario sentido, ni hemos hallado motivo para desilusionarnos, á pesar de que no somos de los que fácilmente se dejan llevar de cándidos optimismos.

Se ha dicho, y se repite, que *quien ve á Roma, pierde la fe*. No conocemos el origen de este dicho, ni tampoco estamos bien seguros de sus causas, significación y alcance; pero las sospechamos con bastante fundamento, y por lo que puedan tener de malignidad ó de error vamos á hacer sobre esto algunas reflexiones.

En los más grandes y célebres templos de Roma se advierte desde luego falta de recogimiento: más aún, cierto aire de disipación, que á algunas personas piadosas las desencanta y ofende. Mas quien tal observación haga, debe observar también que de esto tenemos la culpa los extranjeros, sin excluir á los mismos que allí vamos por motivos piadosos y con sentimientos de verdadera piedad en el alma. La circunstancia de ir generalmente en grupos las personas conocidas; el afán de ver tantas

cosas que á la misma piedad interesan, la admiración, la sorpresa y hasta la satisfacción que se sienten, son causas, con otras más, de que no se guarden el silencio, la compostura y el orden que fueran de desear. La misma amplitud de los locales parece que convida á moverse con libertad, porque á nadie se interrumpe ni molesta; de lo cual resulta, al parecer, aunque en realidad no sea así, que los fieles andan paseando por la iglesia, como sucede en nuestras grandes Catedrales, aunque en alguna Capilla, relativamente lejana, se estén celebrando los Divinos Oficios.

Y como esto se repite diariamente, pues en Roma nunca faltan extranjeros, nada tendría de extraño que el pueblo Romano se hubiese acostumbrado á este modo de proceder, y que el mismo Clero incurriese en igual defecto.—No conocemos bastante al pueblo Romano para acusarle ni para defenderle: no sería el primero que se mostrase ingrato, dado que lo sea, á los grandes beneficios que Dios le ha dispensado, y aún le sigue dispensado, por medio de la Religión y de la Iglesia. Pero en el punto que venimos tratando tiene en su excusa no solo las consideraciones anteriores, sino también la circunstancia de estar familiarizado con todos esos objetos, á los cuales á nosotros desde aquí nos parece que no se puede llegar sin el más profundo respeto, andando de rodillas, y derramando lágrimas de ternura, de compunción ó de entusiasmo.—Bueno sería, pero estas impresiones pueden sentirse algunas veces; todos los días, nó. ¿Cuántos hay en todas

partes que jamás se paran á contemplar las grandes maravillas que diariamente ofrecen á su vista los cielos, la tierra y el mar, y la naturaleza toda?

De todos modos, y aún cuando en eso haya un defecto reprehensible, no creemos que sea motivo para que nadie pierda la fe, ni aún para que languidezca en su espíritu.

Otra de las causas que á nuestro entender contribuyen poderosamente á ese porte distraído y poco devoto que se advierte en las iglesias de Roma, es el arte.

Sabido es que el arte ejerce grande influencia en el espíritu de la mayor parte de los hombres: en unos natural, verdadera y saludable; y la misma Religión saca buen partido de ella: en otros exagerada, ó ficticia ó de imitación; tal vez proveniente de un principio malo, y por consiguiente nociva.— Nos explicaremos.

Se observa que la mayor parte de los que cultivan un poco su inteligencia tienen en grande estima y celebran con grande alborozo las conquistas de la ciencia, al paso que rechazan las verdades de la revelación ó no las aceptan sino con repugnancia, aún cuando sean de mayor importancia.—¿Por qué?—Indudablemente porque las conquistas de la ciencia se forja el hombre la ilusión de que se las debe á sí mismo; mas las verdades de la revelación son aprendidas de otro, y es forzoso reconocer la superioridad del que enseña sobre el que aprende.—¿Soberbia humana, fundada en el error y en la miseria!—No se hacen cargo de que no se deben á

si mismos las facultades con que perciben, discurren, juzgan y aprenden.

Lo mismo sucede en las artes.

Veráse, por ejemplo, á un hombre que asiste indiferente á los más bellos espectáculos de la naturaleza pararse extasiado, ó fingiendo que lo está, ante una tabla de unos cuantos centímetros donde aparece pintada una embarcación, invadida por olas de natilla; con el imprescindible detalle de unas cuantas gaviotas, que lo mismo podrían ser vencejos, las cuales revolotean, ó mejor dicho no revolotean, sino que están inmóviles y como incrustadas en una especie de pasta que, gracias á la imaginación, se llega á tomar por aire; y además y por remate una mujer en la playa con el desaliño poco honesto de las que por allí suelen andar.

Pero no queremos que se diga que calumniamos á los pintores. Supongamos que las olas *se mueven*, y al estrellarse contra la barca, se resuelven en *blanca espuma*: que las gaviotas *agitan* las alas, que la mujer *se sale* del cuadro y hasta se va: que se *siente* la frescura de aquel ambiente tan propio..... En una palabra, que la obra es perfectísima en su género. Aún así preguntamos: ¿porqué esa especie de idolatría en presencia de ella, cuando á todas horas se tienen delante de los ojos escenas vivas y animadas, mucho más interesantes que la que allí se reproduce, y sin embargo no llaman nuestra atención?

¿Por qué?—El principio es siempre el mismo; siempre la tendencia, neciamente orgullosa, al endiosamiento: porque aunque el artista sea otro, es



de la misma especie; y el hombre divinizando, por decirlo así, al artista, se diviniza así mismo.—Tampoco aquí se hace cargo de que toda la habilidad y perfección del artista se reduce á *imitar*, y que si las obras de imitación tienen algún mérito, mucho mayor, incomparablemente mayor lo tienen las obras de *creación* que sirven de modelos.

Pues bien: muchos de los extranjeros que van á Roma, van imbuidos en este error, y llevan estas disposiciones y tendencias, acaso sin haberse dado ni pedido cuenta de ellas.—Y como uno de los grandes atractivos de Roma es el arte; como cada uno de sus templos es un museo de pintura y escultura, la mayor parte de estas gentes, después de haber visitado los lugares más devotos, van á los templos no á rezar, si no á satisfacer su curiosidad artística; y unos por su verdadera afición y otros por vanidad, por echársela de inteligentes y por que no se diga que no tienen sentido estético, se creen en el caso de permanecer como embobados ante una obra que las *Guias* les señalan como notable, y á repetir las ridículas exclamaciones de rúbrica, y á comunicar á los demás en alta voz los comentarios aprendidos de memoria, sin oír la campanilla que á su lado ó á su espalda anuncia la elevación de la sagrada hostia, y sin acordarse cuando se retiran de doblar la rodilla ante el divino Sacramento.—Y si en esta revista se les agrega alguno de los ganapanes que, adscritos al servicio de la iglesia ó no, en todas partes están en acecho del viajero que por sus trazas ofrezca la esperanza de una lira por ir haciéndole una des-

cripción minuciosa de cada objeto y por contarle historias, verdaderas ó falsas, entonces el desastre, desde el punto de vista piadoso, resulta completo.

Y hay más todavía. En Roma tiene completo predominio en las artes el estilo del Renacimiento, que no es el más á propósito para excitar en el alma sentimientos piadosos. Los artistas tropezaban demasiado frecuentemente con obras maestras de la antigüedad pagana para no sentir su influencia. Más aún: si algún cargo se puede hacer á los Papas bajo este respecto, es el de haber sido excesivamente solícitos en conservar estas obras, y excesivamente condescendientes con los grandes artistas á quienes protegieron. Pero ¿qué no se hubiera dicho de ellos, si hubiesen escondido, por ejemplo, el *Apolo de Belvedere*, ó si hubiesen puesto trabas al genio gigante de Rafael?—A los severos Aristarcos que se escandalizán, ó fingen escandalizarse, de encontrar el retrato de la *Fornarina* entre la multitud que aguarda al pié del monte, en cuyas alturas se verifica la *Trasfiguración*, ¿les parecería bien que fuese desechada ó destruída la obra á causa de este detalle?—¿Cómo si no fuera lógico suponer que entre la multitud hay alguna mujer hermosa, y como si los artistas sacaran de su cerebro la hermosura con facciones concretas!

En realidad ¿qué puede deducirse de todo esto?—Que en Roma progresaron maravillosamente las bellas artes bajo la influencia de la Iglesia. Que los Pontices quisieron ponerlas con excelente acuerdo al servicio de la Religión, y por esto protegieron eficaz

y generosamente á los grandes maestros. Que los grandes maestros, que dan la ley y la imponen, por lo menos mientras viven, no siempre respondieron fielmente á los fines de la Religión y al piadoso pensamiento de los Pontífices. Que el mismo pueblo católico que no regula su devoción por la belleza de las imágenes, sin duda porque el instinto secreto de su fe le dice que la belleza que él adora no es capaz de representarla fielmente ningún artista, *admira* las grandes obras que tanto abundan en los templos de Roma, pero aunque sean de carácter sagrado no las *venera*. Que por falta de este sentimiento de veneración, y por exceso de admiración, y por otras causas que dejamos apuntadas, resulta ese aire de disipación, ese porte poco respetuoso á que nos venimos refiriendo, siendo el abuso mucho mas notable por parte de los extranjeros no católicos, que sin consideración alguna á lo sagrado del lugar y á los actos religiosos que acaso se están celebrando, se vuelven en todas direcciones, armados de instrumentos ópticos de varias formas y tamaños para examinarlo todo con curiosidad nimia é irrespetuosa. Cosa bien deplorable por cierto, pero que no tiene fácil remedio, sobre todo en las presentes circunstancias, y en manera alguna puede justificar el malicioso proverbio.

Tal vez los que lo han inventado y los que lo repiten se refieren á otra cosa. Probablemente quieren decir ó insinuar que también allí, en Roma, en la misma Corte pontificia y entre los que más se acercan al trono augusto del Jefe de la Religión,

existen miserias que no debieran existir. Insinuación p rfida, y bastante   menudo calumniosa.— Por nuestra parte no las hemos visto, pero no dudamos que las haya. Y  d nde no las hay, y por qué eso ha de ser motivo para que nadie pierda la fe?—Eso no puede ser más que un pretexto futilisimo que utilizan para excusarse los que la tienen perdida ya. El sistema nos es bien conocido, porque es muy general. Si nos es lícito parodiar al poeta, usando de ejemplos pequeños para explicar cosas grandes, diremos que ese sistema es el de aquellos infelices, que, si no se les arreglan pronto y sin dispendio ni trabajo alguno por su parte las diligencias para contraer matrimonio, amenazan con vivir en público concubinato. O el de aquellos otros que, porque el Obispo no les concede una gracia que *no puede* concederles, ya se sienten tentados   no creer en nada. O el de aquellos otros, que, porque no logran ponerse de acuerdo con su Párroco, aún cuando tal vez se trate de asuntos no religiosos, llaman   un *pastor* protestante para que los dirija.....  En qué consiste la fe de todos estos que est n dispuestos   renunciar   ella por cualquier contrariedad?

La fe, amadísimos hijos en el Señor, no debe perderse por tan poca cosa, ni por nada de cuanto pueda sucedernos, porque perdiéndola nos perdemos nosotros: es el único fondo para el  ncora de nuestra esperanza. Si no la conocemos bastante, debemos instruirnos en ella con la mayor diligencia, y entonces veremos claro que jams  hay motivo suficiente para abandonarla, ni aún cuando viéramos entroni-

zados en el Santuario mismo los vicios que ella condena, que eso podrá suceder algunas veces y en algunas partes, pero no sucederá nunca como regla general.--Es irracional y absurdo pretender y exigir que entre tantos como estamos dedicados al servicio del altar y al despacho de los negocios eclesiásticos, aquí y en Roma y en todas partes, no haya ningún desdichado que se olvide de su dignidad y de su deber; ó que aún los mismos que tenemos el deber por norma y nos esforzamos en cumplirlo seamos irreprochables siempre y en todo. Pero es más absurdo y más irracional renegar de la verdadera fe porque se oiga, ó se vea, ó se crea ver, que alguno de nosotros falta. ¿De que sirve dejar de creer en Dios, si Dios no deja de existir por eso? ¿De qué sirve no creer en otra vida, si al final de la presente nos encontramos con la eternidad, y á sus puertas el tribunal severo é incorruptible que fijará para siempre nuestros destinos, según hayan sido nuestras obras? ¿Y creéis que entonces quedaréis justificados con alegar que habéis visto tales ó cuales faltas, ó que habéis oído tales ó cuales cosas respecto á los que intervienen en el gobierno superior de la Iglesia?—Si fuérais invenciblemente inducidos á error, sin duda. Pero cuando vuestros pies tropiezan con un obstáculo, ¿por qué no volvéis los ojos á la luz para poder salvarlo sin que os ofenda, ó para seguir otro camino desembarazado?

IX

No solamente no es cierto que en Roma se encuentren motivos para perder la fe, sino que los hallará muy poderosos para confirmarse en ella quien lo necesite.

A cada paso que se da se tropieza con el recuerdo de algún hecho interesante, glorioso para nuestra Religión, demostración ó indicio de la verdad de sus dogmas, ó efecto precioso de su soberana virtud. Con los datos precisos de una historia perfectamente conocida y dilucidada es fácil reconstituir la escena sobre el terreno mismo en que tuvo lugar, y parece que se la está presenciando, y hasta que se toma parte en ella.

*Aquí* parece resonar todavía el acento vibrante de S. Pablo que desde la prisión dicta sus admirables Epístolas, ó reprende la obstinación de sus hermanos los Israelitas, ó mantiene grave discusión con algún renombrado Filósofo: allá está el sitio donde se despidió de S. Pedro para marchar ambos al suplicio.—*Esta* es la fuente que brotó milagrosamente en la cárcel para bautizar á los carceleros convertidos, *aquellas* las cadenas con que el Príncipe de los Apóstoles estuvo aprisionado. En este lugar estaban los jardines de Nerón que en algunas noches estuvieron iluminados por cristianos hechos antorchas vivas.....

En las interminables galerías de las Catacumbas se siente el perfume de santidad que era patrimonio

común de los heróicos cristianos de los primeros siglos, que proscriptos de la sociedad, se veían precisados á enterrarse vivos al lado de sus muertos para celebrar los actos del culto y prepararse á morir. Allí parece que se asiste á alguna de aquellas reuniones extraordinarias, á la cual llegan presurosos é inquietos nuevos concurrentes como palomas que vuelan asustadas hacia el nido después de haber sentido los rumores de la tempestad que se avecina. —Pero es de advertir que los unos temen por los otros, y estos otros por los primeros, pues cada uno por lo que á si propio se refiere repite de corazón las palabras del gran Apóstol: *Yo sé bien á quien he creído y estoy bien seguro de lo que creo; y así ni la tribulación ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la espada exterminadora, ni nada, será capaz de separarme de la caridad de Cristo.*—Se nota el estremecimiento de la concurrencia cuando llega el mensajero, encargado de procurar noticias ciertas, con la de que ha sido publicado ya el fatal edicto que condena á todos los cristianos al exterminio.—Se oye luego al anciano Pontífice que dirige á la muchedumbre palabras de resignación y de aliento, tal vez de felicitación, tal vez de prudencia para que los más ardorosos no se expongan temerariamente al peligro, ora con ellos implorando los auxilios de la gracia para los perseguidos y el perdón para los perseguidores, y antes de despedir á los primeros les reparte por medio de los Diáconos el pan consagrado para que puedan fortalecer su alma con el manjar del cielo en el momento del peligro.

Si luego volvemos al tumulto de la gran ciudad, presenciaremos escenas imposibles de describir. En los tribunales á las amenazas de los verdugos responden las alabanzas de Jesucristo y la confesión intrépida de su fe.—Aquí el insigne Diácono S. Lorenzo sale al encuentro del Pontífice S. Sixto y se le queja amorosamente porque va á ofrecer el sacrificio de su vida sin llevarle consigo á él que siempre le acompañaba cuando ofrecía el sacrificio del altar. Más allá la Patricia Inés se burla graciosamente de sus verdugos porque no encuentran esposas capaces de aprisionar sus tiernas manos de niña; y cuando le hacen proposiciones halagadoras para su porvenir en el mundo en armonía con la elevación de su rango y con su discreción y hermosura, contesta arrobada subitamente en éxtasis dulcísimo con las palabras más deliciosamente enrevesadas, más púdicamente espresivas y más profundamente espirituales que conocemos para explicar la íntima unión de una alma enamorada con el celestial esposo, y las castas delicias que siente.—Apenas pueden traducirse.—Dándome su anillo en prenda me comprometió para esposa suya: mi Señor Jesucristo; amando al cual, permanezco casta; tocándole, permanezco limpia, recibéndole permanezco virgen.

Si continuamos nuestras investigaciones, podremos percibir los ecos de otra voz muy diferente, vigorosa é indignada: ]es la del valiente y ejemplar Oficial, Jefe de la primera Cohorte, que después de haber sido asaeteado, librado milagrosamente de la muerte; en vez de ponerse en salvo, se escapa furti-



vamente del lecho donde convalecía para salir al encuentro á Diocleciano que va rodeado de su Corte, é increparle con enérgica dignidad por la ferocidad cobarde con que persigue á los cristianos indefensos. —Es S. Sebastián.

Si nos atrevemos á llegar al Circo atestado de espectadores que presencian con brutal placer la muerte de semejantes suyos despedazados por las fieras, veremos en la arena un grupo de fieles que, cuando el león está ya sobre la pista y olfateando la codiciada presa, no saludan al César para morir con el aparente estoicismo é ignominiosa bajeza de los gladiadores; pero dirigen al cielo su postrera oración con una calma que solo puede inspirar el Dios de fortaleza soberana, porque la naturaleza de suyo no puede mostrarse impasible en tan horrible trance. —¡Y esto se repite un día y otro día, durante los largos períodos de las varias persecuciones generales por espacio de más de tres siglos! ¡O Roma! ¿quién se atreverá á despreciar tu fe, que tan asombrosos prodigios realizó y tan admirables efectos produjo?

Pero si no bastaran los recuerdos de la misma Roma, allí están también los de la tierra Santa, por Roma heredados y recogidos con el amor y esmero que merecen, ya que el Señor permite por inescrutables designios que la Tierra Santa permanezca bajo el dominio de infieles.

Vayan los peregrinos cristianos á Santa María la Mayor, y en el precioso altar de *il Santo Bambino* hallarán las toscas tablas que sirvieron de cuna al

verdadero Niño Jesús en la gruta de Belén. ¿No será útil para su enseñanza este piadoso recuerdo?

Pasen luego á la gran Basílica de S. Juan de Letrán, y allí sobre el altar del Sacramento llamará su atención una reproducción en relieve de la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci: tras ella está la *mesa* en que el divino Salvador ofreció el sacrificio de su cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino la víspera de ofrecer el de su vida en el Calvario.

Acérquense después á la *Scala Santa* que dista pocos pasos de la anterior estación, y vean si pueden subir sin sentirse hondamente conmovidos aquellas gradas por donde subió trabajosísimamente, goteando sangre, el Redentor, bárbaramente ultrajado en el Pretorio.

No se alejen de aquel barrio sin entrar en la devotísima iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, donde se venera parte de la verdadera Cruz en la cual expiró Jesús clavado de piés y manos.—Roma á pesar de su mejor derecho, no pudo reservársela entera, porque esta preciosísima reliquia no podía dejar de ser objeto de las más vivas solicitudes de toda la cristiandad, y por otra parte su divisibilidad se prestaba á satisfacer la devoción de muchos.

En la misma iglesia de S. Pedro en el Vaticano reparen los distraídos viajeros en las hermosas estatuas, visibles desde junto al altar de la Confesión, que ostentan atributos ó recuerdos de la Pasión. Aquellas estatuas no están para mero adorno, ni aún para mero recuerdo; sino para indicar que allí se custodian los sagrados objetos cuyos fac-símiles ostentan.....

Cierto es que todo esto más bien sirve para enervorizar la devoción en los ya creyentes, que para inspirar la fe á los que no la tienen, pero los que necesitan razones demostrativas de la verdad de la Religión también las hallarán, si de buena fe las buscan.

En Roma se conservan providencialmente, y gracias á los cuidados de los Pontífices, varios monumentos paganos de los días más florecientes del Imperio, algunos notabilísimos y de la mayor importancia. Basta pasar al lado del Coloseo para que á la memoria venga la grandeza material y el poder formidable de aquel pueblo dominador del mundo. Pues bién; á cualquier viajero que pretenda pasar por algo más que un frívolo excursionista no podrá menos de ocurrirle la siguiente observación: el *Coloseo* fué erigido en los días de mayor pujanza del Imperio, pero cuando las costumbres del pueblo denotan ya la decadencia; más bien la corrupción profunda, que abusa del placer de los espectáculos y al mismo tiempo se alimenta de ellos, haciéndose cada vez más grande. Sucedió esto poco más ó menos cuando se abrian los subterráneos de las *Catacumbas*, ó cuando los Cristianos comenzaron á utilizarlos como un refugio contra el odio y la persecución. Pero los cristianos cogidos en las *Catacumbas* ó en otra parte eran traídos aquí, al Coloseo, á morir despedazados por las fieras, entre la inmensa algazara de un pueblo degradado, que se deleitaba viendo correr la sangre, sin que entre tantos millares de espectadores hubiese un alma generosa que se

atreviere á protestar contra tanta barbarie.—Si alguna hubiese, al punto sería lanzada desde las gradas á la arena, para que participase de la suerte de aquellos desgraciados por quienes osaba interesarse.

¿Cómo pues, sucedió; cómo pudo suceder que los que venian á morir abajo, en la arena; y morian en efecto sin quejarse, sin defenderse, llegasen á triunfar de los de arriba, obligándoles á dejar el *Coloseo* libre para convertirlo en *Calvario*?—¿Cómo los tantas veces proscriptos por los Edictos de los Emperadores, alguno de los cuales llegó á darlos por exterminados en absoluto, citándole en documentos oficiales como un hecho glorioso y una fecha memorable—*nomine christiano delete*—sin conspirar jamás contra el régimen establecido; sin tomar nunca las armas sino para cumplir sus deberes legales como soldados los más valientes y leales llegaron á ser dueños de Roma y del Imperio?

Problema es este que ño tiene más solución que el conocido dilema de S. Agustin, que nosotros podemos modificar para aplicarlo aquí sin falsearlo; ó Roma pagana se hizo cristiana con milagros ó sin milagros. Si lo primero, ya no hay cuestión porque el milagro es el sello de lo sobrenatural. Si lo segundo, hay que reconocer y confesar que esa conversión sin milagros es ella por si misma el milagro más estupendo: de todos modos hay que admitir la intervención del soberano poder en favor del Cristianismo.

En fin, venerables hermanos y amados hijos: si deseamos ser plenamente confirmados en la fe, acerquémonos al nuevo Moisés que de manos del Señor recibe la Ley en la cumbre del monte santo; al varón de Dios que en la persona de Pedro recibió de Jesús tan honroso encargo: confirma á tus hermanos.—Y cuán maravillosamente lo cumple!

El actual Pontífice se distinguió desde su elevación al trono por el admirable fondo no menos que por la forma elegantísima de sus escritos doctrinales. De ninguna parte salen indicaciones tan luminosas y soluciones tan claras para los más arduos problemas de la sociedad contemporánea. Los más eminentes sociólogos y los más pretenciosos estadistas, generalmente desdeñosos para las enseñanzas de la Religión y de sus ministros, se han visto precisados á reconocerlo.—No solamente es la más alta dignidad de la tierra por su cualidad de Vicario de Jesucristo, sino también la primera autoridad moral y la de mayor prestigio para los Reyes y para los pueblos. Apesar de esto no hay que temer que al llegar á su presencia nos deslumbre el aparato de la majestad ni el continente grave y severo del hombre que está tan por encima de los demás hombres.—Es un sabio eminente, pero nada nos impide afirmar que es también un santo, y con los santos no hay aquellos inconvenientes.—Es sencillo, afable, afectuoso: á todos acoge con agrado; á

todos habla con llaneza; á todos bendice, porque á todos ama: es de todos padre. Y si no recibe particularmente á todos y á cada uno de cuantos van á Roma, para demostrar á cada uno el aprecio que todos le merecen, es porque para esto no tiene tiempo, ni fuerzas, ni es en manera alguna posible.

Es por otra parte prodigioso ver cómo un anciano de noventa años, con veintidos de Pontificado, sin haber vuelto á respirar el aire puro de la libertad desde el día de su promoción; constantemente abrumado por los negocios más importantes de todas las Iglesias del mundo y bajo la opresión de enormes pesadumbres; casi trasparente su endeble cuerpo y reducido á la menor cantidad de materia posible, conserva sin embargo un vigor de espíritu y hasta cierta agilidad en los movimientos, que no se creyera, si de ello no hubiera tantos irrecusables testigos.

Asombra, y al mismo tiempo encanta, observar su mirada viva, penetrante y escrutadora, cómo recuerda las más insignificantes circunstancias ó se hace cargo de ellas; cómo adivina lo que se quiere decir, cuando la emoción no permite expresarlo, y con que lucidez discurre, cuando se propone tratar de un asunto determinado.

Con amarga tristeza, pero también con cierto embeleso, le escuchábamos, cuando, hablando á los ocho Prelados españoles que estábamos reunidos én su presencia, pasaba revista á las principales naciones de Europa para hacernos cargo de su lamentable estado religioso, señalando al mismo

tiempo sus causas, y venir á parar en la consecuencia de que sólo en España tenía verdadera confianza, porque sólo España podía en rigor llamarse Nación Católica; y á pesar de los reveses que últimamente había padecido, y de los cuales se dolía como amoroso padre, esperaba que se levantase de su actual abatimiento y recobrase su antiguo esplendor para darlo también á la Iglesia, y consuelo á su atribulado Pontífice.—¡Ah! ¡Cuanto quisiéramos entonces poder asegurarle que no serían vanas sus esperanzas!—Pero solo se nos ocurría decirle: Beatísimo Padre, eso solo Dios puede hacerlo.—Hagamos, sin embargo nosotros, venerables hermanos y amados hijos; hagamos nosotros cuanto esté de nuestra parte por la Religión y por la Patria; que por poco que sea, no será infructuoso.

Pero más honda huella dejó en nuestro espíritu la presencia del Papa en la gran Basílica, cuando se dignó bajar para bendecir á todos los peregrinos españoles juntamente con otros muchos de otras varias naciones.

El solo hecho de que más de ocho mil almas estén con algunas horas de anticipación aguardando sólo por ver á un hombre que no puede hacer más que extender su mano para bendecirles, porque para hablar á la muchedumbre le faltan fuerzas, es asunto digno de muy seria meditación, especialmente si se tiene en cuenta que esto se repite algunas veces por semana durante el *Año santo*, y que el número de los que se reúnen es frecuentemente mucho mayor.

Mientras el momento ansiado llega los peregrinos entonan diversos cánticos religiosos por grupos de región ó nacionalidad, y con dificultad se dejan turno unos á otros.

De repente, después de una especie de estremecimiento que pasó por la concurrencia como una ráfaga de brisa por la superficie de las aguas, se restablece el silencio. El Papa está orando en la capilla del Sacramento, y los misteriosos effluvios de la oración se trasmiten, no sabemos como, á la muchedumbre, porque no estando aquella á la vista, solo contadas personas pudieron advertirlo. Pero momentos después, al presentarse en la nave contigua llevado en hombros de sus servidores en la *sedia gestatoria*, el entusiasmo estalla como una ola formidable que se deshace estruendosamente al chocar contra la arena. Y tras aquella otra, y otras, á medida que avanza hacia el altar, incorporándose y sonriendo á la multitud que le aclama frenéticamente.

Otra vez se restablece el silencio mientras el Santo Padre ora de rodillas y se cantan las preces de costumbre, tras las cuales da solemnemente su bendición al concurso; pero en el momento de concluir esta, otra vez estalla con mayor fuerza la tempestad de aplausos y aclamaciones; y no cesa ni mientras el Pontífice se entretiene con los Obispos allí presentes, ni menos cuando al retirarse atraviesa la nave central.

Por nuestra parte lo confesamos, en nada hemos contribuido á aquella ovación, á no ser en lo que



puede contribuir la presencia de uno más. El estado de nuestro espíritu no nos permitía otra cosa: emoción semejante jamás la hemos experimentado.

Pero apesar del estado de nuestro espíritu, observábamos y reflexionábamos; ó por lo menos sentíamos con bastante fuerza para reflexionar un poco después. — Aquellos aplausos y aclamaciones no se dirigen al *hombre*, ó por lo menos no terminan en él. — Somos demasiado orgullosos para rendir tales homenajes á ninguno de nuestros semejantes, solo por la superioridad que sobre nosotros le dan las ventajas puramente accidentales de la naturaleza ó de la fortuna: allí se ve ó se adivina algo más. — Allí se verifica de hecho lo que nuestro Señor Jesucristo estableció como derecho: *Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia—Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.—Confirma á tus hermanos en la fe.*

Otras reflexiones bastante diferentes nos ocurrían también.

Los agentes del gobierno detentador de la soberanía de Roma, que de derecho pertenece al Papa, parece que ni siquiera advierten que dentro de la iglesia de S. Pedro se grita á voz en cuello. ¡Viva el Papa-Rey!—Nada hacen para impedirlo, y en esto obran cuerdamente: sería inútil oponerse.—El grandioso Anfiteatro de Flavio está allí todavía, y aun pudiera utilizarse para espectáculos públicos; pero repetir las bárbaras escenas y sangrientas hecatombes que en él tenían lugar en tiempo de los Césares pagamos sería harto peligroso para los usurpado-

res.—¡Ah! ¡Si los católicos fuéramos revolucionarios.....!—Es decir; si no tuviéramos reparo en emplear contra nuestros adversarios los procedimientos que ellos emplean contra nosotros; ¡cuán diferente sería nuestra situación respectiva!

## XI

Las últimas palabras que dejamos escritas nos llevan naturalmente á tratar de la actual situación del Papa en Roma.

Sabéis, venerables hermanos y amados hijos, que el Papa era desde hace muchos siglos soberano temporal de Roma y de un pequeño territorio circunvecino, de la cual soberanía fué despojado por la Revolución, valiéndose ésta para conseguir su intento de los reprobados medios que suele emplear sin exceptuar la violencia, y habiendo consumado el despojo el día 20 de Septiembre de 1870, en ocasión en que en la Basílica del Vaticano se celebraba el Concilio general de este nombre.—Desde entonces el Papa es prisionero, por más que su cárcel sea un magnífico Palacio.

Y no queremos decir que el propósito de los invasores haya sido, ni sea actualmente, tener al Pa-

pa encerrado sin permitirle salir á la calle, no: evidente es que el encierro del Papa, no solamente no entraba en sus cálculos, sino que les contraría y molesta. Pero un Soberano destronado no puede ser más que prisionero ó desterrado. Más como el destierro podría traer consigo mucho mayores males, el Papa optó por la prisión, y prisionero fué desde entonces el despojado, y prisionero se constituyó su sucesor desde el momento en que fué elegido.

No queremos exagerar los efectos de la usurpación, recordando las palabras de Jeremías, que lloraba amargamente sentado sobre las ruínas de la ciudad santa, *cum populus ejus caderet sub manu hostili, et non esset auxiliator*. En Roma parece que no se advierten los estragos de la dominación hostil y que todo marcha regularmente. En realidad creemos que existe una especie de tregua, ó una calma relativa, porque los nuevos dominadores se han hecho cargo, sin duda, de lo que iba á ser Roma el día que dejara de ser capital del Catolicismo, por más que siguiese siendo capital del Reino de Italia. Entonces si que podríamos imitar al Profeta de las lamentaciones, llorando sobre sus ruínas. Los dominadores de hoy no son de la raza de los Escipiones para poder resucitar su antigua grandeza ni siquiera para conservar la que ahora tiene. Por eso no extreman las medidas de rigor, y tienen la generosidad de dejar en paz á los católicos que viven en Roma, y de permitir que á Roma vayan los de otras partes, y de que se comuniquen libremente



con el Santo Padre, y aún de adoptar algunas medidas de precaución para protegerlos contra las salvajadas que pudiéran cometer los sectarios furibundos.

Sin embargo, se equivocaría grandemente quien creyese que esta situación es lisonjera para la Religión y para el Jefe de la Iglesia: al contrario la Religión padece gravísimo daño, y su Jefe agravio inmerecido.

Prescindiendo de los principios que informan la política y la administración del Gobierno detentador, basta hacerse cargo de los elementos de vida material, de fuerza y de poder, y por consiguiente de influencia, que en su mano y á su disposición tiene el Estado para comprender cuánto daño puede hacer á la Iglesia, no estando de acuerdo con el Jefe de ésta. El Ejército, la Magistratura, el Profesorado; los innumerables funcionarios y dependientes de la administración que el Estado paga ó favorece de algún modo, tienen que participar en más ó en menos de esa disposición de ánimo, que si no es abierta hostilidad, es por lo menos recelo y desconfianza hacia la Religión y sus ministros, de lo cual proviene cuando menos el retraimiento y abandono de los deberes cristianos.

¿Se dirá que el Papa tiene la culpa de ello, por no aceptar el orden de cosas establecido?—Se dirá, sí; pero no lo dirá ninguno que merezca el nombre de católico de veras.

El Papa no puede aceptar el orden de cosas es-

tablecido, porque es contrario al que el mismo está encargado de mantener en la sociedad: el Papa no puede aceptar nunca un orden de cosas que permite que en la capital del mundo católico funcione el Supremo Consejo de la Masonería; que se erijan templos protestantes, que se glorifique á los apóstatas del catolicismo, y hasta que se rinda culto á Satanás.

El Papa no puede consentir en ser súbdito de ningún Príncipe secular, porque este podría impedir ó entorpecer el ejercicio de su augusta misión, y porque necesita libertad omnimoda para tratar con todos los demás Príncipes, que tienen súbditos católicos, sin hacerse sospechoso á ninguno.

El Papa no puede fiarse de ninguna ley de garantías, porque no hay garantía posible para su dignidad, apareciendo entre sus antiguos súbditos como uno de tantos; ni la hay bastante eficaz para su seguridad personal, puesto que se ha llamado á Roma á sus enemigos; ni la hay de hecho para su honor, puesto que se permite ultrajarle; ni en fin merece tal nombre ninguna ley en el moderno sistema de gobierno, puesto que si un Parlamento la vota, otro puede abrogarla, y si un Rey la sanciona, otro puede sancionar su abrogación.

Y por último el Papa no puede reconocer y aprobar el orden de cosas establecido en Roma, porque está fundado en la usurpación, en el robo, en la violencia, en la iniquidad; y el Papa es el más alto representante de la justicia, y tiene la misión

y el deber de defender su imperio—el de la justicia—en todas partes y sobre todos.

El Papa no puede consentir que prevalezca el derecho de la fuerza bruta, que es la ley de las fieras, sobre la fuerza del derecho fundado en los eternos principios de la moral del Evangelio, que es la ley por la cual deben regirse los hombres; y obrando así, no solamente se muestra digno de su misión y cumple con su deber, sino que presta inapreciables servicios á la causa de la humanidad y de la civilización verdadera.

Ved las consecuencias de la contraria doctrina.—Como se ha despojado al Papa de los Estados que poseía, se nos ha expulsado á nosotros de los territorios descubiertos por nuestros marinos, conquistados por nuestros guerreros y civilizados por nuestros misioneros.

Ved las infamias que ahora mismo se están cometiendo con las pequeñas Repúblicas del Africa del Sur, siguiendo el mismo principio, el derecho del más fuerte.—¡Desgraciada humanidad el día que este sistema bárbaro no tuviera el contrapeso de la doctrina católica!—¿Quién nos asegura que mañana no serán objeto de los mismos atropellos las pequeñas naciones de Europa, cuya posesión pueda excitar la codicia de sus vecinas más fuertes?

Pero las consecuencias serán mucho más terribles si tales principios se aplican á las relaciones particulares, como es lógico que suceda, si se les deja imperar. Si á un Príncipe le es lícito incorporar los Estados del vecino á los suyos bajo pretexto de

redondearlos geográficamente, y aún bajo el de gobernar mejor á los incorporados, ¿porqué no ha de ser lícito también á un vecino de cualquier pueblo que tenga fuerza, maña, ó influencia para ello, incorporar á sus haciendas las de los otros vecinos pobres para mejorarlas y hacerlas producir más, ó para emplazar más á su gusto la casa de su residencia?

Pero no se crea que este peligro amenaza solamente á los pobres. Así lo han creído seguramente algunos ricos sin entrañas, y están ya recibiendo su merecido. Porque, si es lícito excitar las pasiones de la muchedumbre contra su legítimo Soberano, combatiendo las creencias religiosas por hacer odiosa la autoridad eclesiástica, como se ha hecho en Roma, ¿porqué no será lícito también excitar á los pobres contra los ricos para apoderarse por fuerza de lo que los ricos legítimamente poseen?

Ved, pues, venerables hermanos y amados hijos, al lado de quien conviene colocarse; si al lado de los que emplean la fuerza para despojar al Papa, ó al lado del Papa que invoca la justicia y el derecho para condenar la espoliación de que es víctima. La elección no debe ofrecer duda: la cuestión romana no tiene más solución aceptable que la reversión al Papa de la soberanía de que se le ha despojado.

## XII

Solo nos resta, hijos muy amados en el Señor, deciros dos palabras acerca de las consecuencias que pueden sobrevenir de la actual situación del Papa en Roma.

Apesar de la aparente calma que reina hoy en la ciudad de los Papas, bien podría suceder que la revolución se desencadenase fieramente, porque los usurpadores del patrimonio de S. Pedro se han servido de ella para consumir su iniquidad, y aún la fomentan y sostienen, aunque pretendiendo encauzarla, y no sería extraño que un día, irritada y furiosa, se desentendiese de sus directores de medias tintas ó tal vez los sacrificase, y arremetiese enseguida contra el Vaticano. ¡Dios sabe lo que entonces pasaría!—¡No permita su bondad que tengamos que lamentar un espantoso sacrilegio!

Pero cualquiera cosa que suceda, no temáis nunca por la suerte de la Iglesia. Las potestades del abismo no prevalecerán contra ella; la palabra de Dios no puede faltar.

El Pontificado no ha de sucumbir tampoco por la misma razón, porque es institución divina. León XIII morirá de una ú otra manera, como han muerto todos sus antecesores, como morirán todos los que le sucedan; pero el Pontífice Romano, el Supremo Pastor del rebaño de Jesucristo, revivirá como el fénix de sus cenizas. Contra la institución



nada pueden ni el puñal del asesino, ni la tea del incendiario, ni el furor de las turbas, ni los manejos de la diplomacia, ni la fuerza de todos los ejércitos del mundo. La institución es obra de Dios, y Dios permite muchas cosas á los hombres, pero no se deja vencer por ellos.

Otra cosa pudiera tambien suceder: que la situación, siempre difícil, del Papa en Roma se agravase de tal suerte que llegase á ser intolerable, y el Papa entonces abandonase la prisión y optase por el destierro. Mas tampoco en este caso debe vacilar nuestra fe, ni debilitarse la firmeza de nuestra adhesión á la Santa Sede. El Pontificado entra en la constitución divina de la Iglesia, pero la residencia en Roma, no.—*Ubi Petrus ibi Ecclesia*, debemos repetir con un Santo Padre. En donde está Pedro, allí está la Iglesia: en donde quiera que esté León XIII, mientras viva, y quien legitimamente le suceda después, siempre será para nosotros el mismo; el Vicario de Jesucristo, el Supremo Pastor, el Maestro infalible en lo esencial de la Religión, el Padre de todos los creyentes, á quien debemos amar, respetar y obedecer como requieren su bondad, su dignidad y su autoridad.

Tales son, venerables hermanos y amados hijos, las ideas y los sentimientos que quisiéramos ver arraigadas en vuestro espíritu y en vuestro corazón tan profundamente, que nadie ni nada fuese capaz de arrancároslos, porque con ellos os arrancarían el fundamento de vuestras mejores esperanzas, el germen que fructifica para la eternidad.

No hay más que un Dios, Supremo Señor de todos, porque es autor de nuestra existencia, y á quién todos estamos obligados á servir, como el quiere que le sirvamos, pues para esto se dignó enseñárnoslo.

No hay más que una fe verdadera, porque Dios no puede enseñar doctrinas contradictorias; y esa fe todos estamos obligados á profesarla, porque todos estamos obligados á creer que es verdad lo que Dios enseña.

No hay más que una Iglesia, compuesta de los que profesan esa fe divina, y á la cual por consiguiente todos estamos obligados á pertenecer, so pena de ser excluidos de la sociedad de los bienaventurados.

Esta Iglesia tiene un Jefe superior á todos los demás porque así lo exige necesariamente el régimen espiritual, y así lo estableció N. S. Jesucristo, Hijo de Dios, Redentor de los hombres y fundador de la Iglesia.

Este Jefe superior de los creyentes, primer representante de Dios en la tierra, é intérprete autorizado de su soberana voluntad, es el Romano Pontífice, sucesor de S. Pedro en la Silla de Roma, y heredero legítimo de sus prerrogativas.—No nos apartemos, pues de sus enseñanzas; no nos rebelamos contra su autoridad, porque sería rebelarnos contra el mismo Dios.—Aunque veamos la milagrosa barca combatida por tempestad furiosa, no temamos; ella nos conducirá con seguridad al deseado puerto, donde se disfruta de perfecta calma y de perpetua dicha.

Tal es nuestro mayor deseo, en prenda del cual os damos, venerables hermanos y amados hijos, nuestra bendición.

En el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amen.

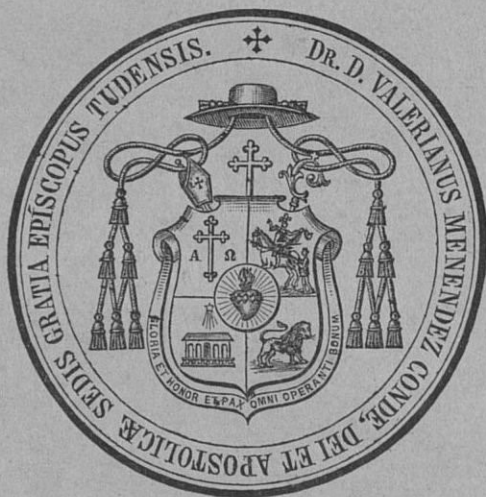
Dado en nuestra residencia de Tuy, á 30 de Noviembre de 1900.

† VALERIANO, OBISPO DE TUY.

Por mandado de S. S. I. el Obispo, mi Señor:

DR. VALENTIN COVISA,

*Canónigo Secretario.*





M. 176383